

Pedro Orgambide  
**El arrabal del mundo**



El arrabal del mundo

Para Ernesto Montezano  
que "escribe" con la  
luz y el ojo de la  
fotografía.

Su muy reciente  
amigo:

Pedro Orzambide

Buenos Aires, 1984

# Formas de la realidad

“Hacer la América”

Por Pedro Orgambide

(Bruguera)

Como el título lo dice, la narración transcurre en la época de la gran inmigración, entre fines del siglo pasado y la juventud del actual, cuando la Argentina era el país de los posibles.

El autor ha tratado de ponerse en la piel de cada uno de sus emigrantes y nativos, y con algunos lo ha conseguido cabalmente: el judío, su hija, el payador y el “Mendigo de la Catedral, Soldado de la Independencia, Señor de los Harapos”, el que sueña las guerras pasadas y las futuras. Las páginas a ellos dedicadas, como las líricas líneas de la 22 en que David formula las incontestables preguntas y habla al mismo tiempo de hechos diarios, bastan para probarlo. En esas páginas, donde el autor hace discutir a su judío o a su payador, hombre hecho de la sustancia de la realidad y de los sueños, que encontró con asombro su pensado poema sobre un gaucho, ya escrito por un griego llamado Homero, en esas páginas está lo más logrado del libro.

No así en las que presentan a otras figuras, simplificadas de acuerdo con un

molde tradicional, como podrían ser en mayor grado que otras las del socialista Muller y la del aristócrata anquilosado, vademécum el uno de conceptos estratificados, y el otro, de estratificados prejuicios.

Tampoco son suficientemente convincentes las páginas abundantes en reiteradas palabrotas y escenas sexuales.

Allí el autor usa un vocabulario supuestamente generalizado en la península hispánica, y deduce una sexualidad femenina a la italiana, puntos ambos sólo relativamente discutibles, pero que lo devienen en su recurrencia. La reiteración no consigue una agudización de la realidad sino más bien una reducción.

La realidad habla por sí misma; reproducirla tal cual es no le añade ni le quita nada. En cambio, un realismo exasperado, justamente por esa exasperación, podría adquirir un poder transfigurante, como en alguna novela de Emilio Zola. Orgambide expresa en la página 42: “Sueños donde lo evidente se exaspera, hasta transformarse en otra forma (ambigua y misteriosa) de la realidad”. Del mismo modo que el sueño, la realidad puede exacerbarse hasta ser otra. Seguramente es lo que ha buscado el autor a través del lenguaje y las escenas paródicas: un acercamiento a lo



Pedro Orgambide

paroxístico. Pero no lo consigue allí, sino en los episodios donde el pueblo se mezcla en especies de rondas que recuerdan a los seres tan diversos de Jorge Amado reuniéndose en guirnaldas para fiestas y aflicciones.

Poco de paródico y de carnalesco tienen las páginas destinadas al Carnaval. Por el contrario, en ellas campea algo de grave, de inquietante, de nostálgico y aun de metafísico, cuando descubrimos de pronto bajo las caretas grotescas enmascarado lo atroz, la acicalada muerte.

Uno de los personajes, el poeta Angel Bardi, pasa de escribir su *Milonga roja* a construir sainetes (“el sainete era eso: batifondo y ruido de la vida”), equivocándose quizás en la forma de manejar el batifondo para que sea ruido de vida.

En un error semejante nos parece haber caído Orgambide en los pasajes objetados del libro, pero en los otros, aquellos en que el escritor no cumple con reglas de ningún juego, salvo las del propio, un importante transfondo aparece para equilibrar las superficies. (348 páginas.)

Elvira Orphée  
(c) LA NACION

Un texto inédito de Pedro Orgambide

# Elegía para el portugués de la copa de oro

**P**LINIO Do Santos, llamado El Portugués, contrabandista del reino del Brasil y la Banda Oriental, estaba en Buenos Aires en viaje de negocios. Aquella noche de 1789, se reunió en una fonda con algunos accioneros, a quienes beneficiaba con el contrabando de reses en pie, de tasajo y cecina. Estuvieron bebiendo vino de Madeira hasta la madrugada. Dos negros fornidos custodiaban la puerta, porque la vida de El Portugués tenía precio en muchas capitanías, aunque los Cabildos hacían la vista gorda en sus negocios, por la generosidad del brasileño. Pero a veces (así es la política, filosofaba Plinio) no faltaba el militar que lo hostigase, al frente de una partida que al grito de: ¡Viva el Rey! le caía en las sombras. Por eso los dos negros vigilaban la puerta (y había otros cinco en los matorrales) porque es difícil saber cuándo llega la traición.

Esa noche no vino. Llegaron, en cambio, varias negras y chinas emperifolladas, bailarinas de fandango que adornaron la fiesta. Una mulata tocó la guitarra española y después se lució en el zapateo Plinio la eligió para pasar la noche.

A la mañana, aliviado de los negocios y las fatigas del amor, El Portugués se disponía a partir, cuando un ladrón del puerto, hombre de confianza, le ofreció una copa de oro. La había robado, dijo, de un barco francés. Era una hermosa copa, destinada al altar de una iglesia. "Adentro trae unos papeles", explicó el ladrón como si El Portugués fuera ciego.

Hábil para los idiomas, Plinio Do Santos se detuvo en la lectura del manuscrito. Lo leyó con atención, con la sospecha (era parte de su oficio) de un engaño. Se sorprendió al comprobar que había un contrabando más completo que el suyo, mucho más peligroso que las escaramuzas con las policías de estos reinos y más excitante que los bailongos del Retiro. Pudo reconstruir el momento en que un joven revolucionario de la Francia ponía esos papeles en la copa destinada a un servicio sagrado, para que otro, un agnóstico del Río de la Plata, comenzara a traducir la rebelión. "Dios mío, esos hombres saben lo que hacen", se asombró El Portugués. Pensó en el extraño negocio de las ideas que van de un lado a otro, de un mar a otro mar, de un idioma a otro idioma.

Pensaba en eso al cruzar el Paraná, rumbo a su tierra.

Esa noche, con unos gauderios de la Banda Oriental, alrededor del fogón, comentó la historia de los papeles de la copa de oro. Un payador, que hacía cruces con un palito, presintió que aquel negocio tenía el beneplácito de Dios. Otro lo llamó hereje y lo desafió a pelear bajo la luna. Alguien los separó. Durante horas, tal vez para entretener el ocio, discutieron minuciosamente aquellos argumentos.

—¿Y qué dicen los papeles, don Plinio?

—Que un hombre es igual a otro hombre.

—Yo no soy lo mismo que un charrrá! —se ofendió un matrero, desconfiado de la escritura y la igualdad.



Pero otros, sobre todo los negros que iban con El Portugués y dos o tres indios que se armaron a la rueda del mate, encontraron que esa idea tenía fundamento.

En Brasil, en la ciudad de Villa Rica, Plinio Do Santos mostró el manuscrito de la copa de oro a José Joaquín de Silva Xavier, alias Tiradentes. El dentista de Villa Rica examinó el escrito junto a un poeta que venía de Angola. Entre los tres llegaron a la conclusión de que la utopía era posible. Algunos banderantes, buscadores de oro, pleiteaban en la plaza, pero esas voces no importaron a los buscadores del sueño. Los tres relevaron los signos del porvenir, excitados por la revelación de un mundo ecuanime. Sólo en un momento, Tiradentes se mostró torpe. Ofreció una paga a los servicios del Portugués.

—¡No me confunda con un mulero de Potosí! —dijo con desprecio el contrabandista, una mano en la daga y otra en la copa de oro.

El vino aligeró el malentendido. Al despedirse, los tres hombres se daban trato de hermanos.

Para los pragmáticos de la historia, enamorados de la causalidad, la conversión de Plinio Do Santos es inexplicable. No pueden entender por qué un contrabandista de ganado se transforma en ideólogo de las revoluciones del Sur. "¿Por qué? ¿Para qué?", se preguntan los historiadores entre manoseados manuscritos, folios ilegibles, fechas puntuales e inútiles que no pueden encerrar la pasión de Plinio Do Santos, El Portugués. Ningún cálculo puede explicar su determinación. Pero allí están los hechos,

para los que solo creen en lo que ven. En un año o dos, Plinio Do Santos formó una biblioteca considerable, en la que no faltaban las obras de los enciclopedistas ni los consejos de Maquiavelo ni la reflexión de Erasmo. En ese tiempo, también, instaló una imprenta.

Pero esas evidencias no explican quién fue o pudo ser Plinio Do Santos, no delatan su intención ni son suficientes para entender su pensamiento. Su ideología, como se dice ahora, su ideario, sus conocimientos, fueron, sin duda, los de un utopista. No obstante, Plinio Do Santos no descuidó, por eso, sus negocios. Sin dejar de vaquear, de litigar con los accioneros, logró cierta tranquilidad económica, mientras vislumbraba el porvenir. Ecléctico, intentó una filosofía americana traduciendo al portugués y al español códices de los aztecas, rituales africanos de los negros de su país y un catecismo guaraní de las Misiones, en las que se entrelazaban, con increíble heterodoxia, los dibujos paganos de los indígenas con las enseñanzas piadosas de los misioneros. En uno de sus frecuentes viajes a la Banda Oriental, se encontró con Concolorcorvo o Calixto Bustamante Carlos Inca, el lazarillo caminante, quien le dio noticias de una conjura que se preparaba en el Perú. En Montevideo, también, Plinio Do Santos solía conversar con el gobernador, que se decía peripeteciano y socrático. En Buenos Aires, se demoró en largas charlas con los afrancesados jacobinos. En Lima y el Cuzco, con los jóvenes ilustrados que soñaban el Imperio Inca y también con un indio sobreviviente de la rebelión de 1780, de Túpac Amaru. En Buenos Aires, otra vez, conversó largamente con un mulato lector de Paine y admirador de la Nueva Inglaterra. A todos escuchó, de todos aprendió algo. Intuyó que los imperios llegaban a su fin. Buen conversador, buen bailarín, se lució en las tertulias porteñas, donde las damas festejaron su afición a los acertijos y sus dotes de prestidigitador.

Cuando estalló la rebelión de Tiradentes, Plinio Do Santos estuvo junto a él. No cayó prisionero. Su habilidad de contrabandista, de fugitivo de las partidas de frontera, lo salvó. Maltrecho, mal herido, logró huir con la copa de oro. Sus detractores solo lo ven como un chillado, un amoral, un ladrón. Nadie recuerda que lloró como un niño cuando decapitaron a Tiradentes, aquel día nefasto de 1792, en Mina Geraes, cuando Plinio Do Santos decidió exiliarse junto al Río de la Plata.

Destruída su imprenta, quemados sus libros, Plinio Do Santos no regresó a Brasil. Se quedó entre nosotros. Poco a poco, fue perdiendo su afición al dinero, pero no a las conjuras. Su copa de oro quedó en manos de los jóvenes criollos, que le dieron buen uso. Era viejo ya, cuando se enamoró de una mestiza que bailaba con una flor entre los dientes. Por ella, dicen, murió. Lo encontraron cerca de la Boca del Riachuelo, apuñalado por la espalda.